HISPANIA

VOLUME I — *February*, 1918 — NUMBER 1

LA LENGUA ESPAÑOLA

UNA CARTA DE DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

Señores Aurelio M. Espinosa y Lawrence A. Wilkins.
Mis queridos amigos:

Desde que en varias ocasiones me comunicaron ustedes los proyectos y primeros pasos de la *American Association of Teachers of Spanish,* siempre tuve la mayor fe en los resultados. Ahora, las nuevas y buenas noticias que ustedes me dan y el primer número de HISPANIA, que llegó a mis manos en estos ultimos días y que he leído con el mayor interés, me hacen ver que la Asociación no vive principalmente de esperanzas, sino que avanza ya muy adentro en el terreno de las realidades. Y todo esto es satisfactorio para cuantos cultivan estudios hispánicos, pues siendo los Estados Unidos el país donde más incremento toma la enseñanza del español, no puede ser indiferente que para el mejor cultivo de esa enseñanza inicien los profesores norte-americanos un importante acto de esmero y consagración.

Al saludar con cariño la útil idea de la publicación de la revista ¡cuánto desearía conversar con ustedes sobre los trabajos y preocupaciones comunes! Entre éstas, acaso una puede dominar: la mayoría de los norte-americanos estudian el español para satisfacer una necesidad de comercio espiritual y material con sus vecinos de la América española; entonces, la diferencia que hay entre el habla de España y la de Hispano-América ¿de qué caracter es? ¿qué importancia tiene?

El contraste mayor entre el español europeo y el americano lo hallaremos, como es natural, en el habla popular. Podemos apreciar en resumen ese contraste advirtiendo que la diferencia que existe entre el habla gaucha, por ejemplo, y la andaluza, es incomparablemente menor que la que hay entre la andaluza y la de las montañas leonesas o pirenaicas. Y todo el valor de esta comparación resaltará plenamente añadiendo que en los estrechos límites de la Península, desde Asturias a Cádiz, hay una cantidad de variedades de lenguaje español que estimo más pronunciadas y mayores en número que en toda la gran extensión del continente americano, desde Nuevo Méjico al estrecho de Magallanes; y agregando además que las variedades del español peninsular y trasatlántico son menores que las del francés o el italiano, con tener éstos una extensión geográfica incomparablemente menor. En otra ocasión intentaré explicar este fenómeno. Ahora nos basta el hecho, para comprender que las hablas populares hispano-americanas no representan una desviación extraordinaria respecto de la castellana, ni por el número ni por la calidad de los rasgos en que consisten; no ofrece cuestión alguna especial para nosotros ahora.

Nuestro interés tiene que dirigirse a la lengua culta. Sabido es que las variedades regionales, tal como viven en el vulgo, ninguna por sí ni todas juntas representan el habla de las personas cultas o la lengua literaria. Mientras cada variedad dialectal vive, como sierva del terruño, ligada indisolublemente al territorio donde nació, la lengua culta se dilata sobre estos círculos menores sedentarios, y se difunde donde quiera que llega la actividad de los hombres de acción o el brillo de las inteligencias más eficaces que se sirven del mismo idioma. Aventureros, comerciantes, magistrados, capitanes, tribunos, pensadores . . . cualquiera que necesita hacer vivir una idea, útil o bella, fuera del lugar donde él nació, se esfuerza en crear y conservar ese lenguaje de más poderosa virtud, cuya última aspiración es llegar a ser comprendido hasta por los habitantes de los últimos confines de los dialectos hermanos, y por las generaciones venideras, logrando el mayor alcance en el espacio y en el tiempo. Del esfuerzo aunado de todas los espíritus cultivados y de todos los literatos insignes que se han trasmitido el romance más general de España, desde sus comienzos acá, resulta ese producto histórico cultural que por antonomasia se llama lengua española, creada por

cima de todas sus variedades dialectales, aunque con la colaboración más o menos sensible de ellas.

Claro es que la variedad castellana fué principalísima en esta labor; tanto que su nombre se aplica muy comunmente para designar el conjunto del idioma literario. Mas puestos a escoger entre los dos nombres de *"lengua española"* y *"lengua castellana"* hay que desechar este segundo por menos propio. Nombre "ambicioso y lleno de envidia" lo califica el gramático anónimo de Lovaina, en 1559, apoyado, es cierto, en razonamientos incorrectísimos, pero obedeciendo a una corriente dominante entonces en favor del otro nombre: *"lengua española."* Usada esta denominación desde la Edad Media, vino a hacerse más oportuna en el siglo de oro de nuestra literatura, cuando ya la nación constaba de los reinos de León, Castilla, Aragón y Navarra unidos. Si Castilla fué el alma de esta unidad, los otros reinos colaboraron en el perfeccionamiento de la lengua literaria, bastando recordar en la literatura clásica nombres navarros, aragoneses o valencianos como Huarte, los Argensolas, Gracián, Gil Polo y Guillén de Castro, para comprender el exclusivismo del nombre *"lengua castellana."* Este término, usado con mala preferencia por la *Academia Española,* induce erróneamente a creer, dado su valor geográfico restringido, que, fuera de Castilla, no se habla la lengua literaria sino como una importación. El término *"castellano"* puede tener un valor preciso para designar la lengua del Poema del Cid, cuando la unidad nacional no se había consumado, y cuando el leonés y el aragonés eran lenguas literarias. Pero desde fines del siglo XV, la lengua que comprendió en sí los productos literarios de toda España (pues en ella colaboraron hasta los más grandes autores portugueses, como Gil Vicente y Camõens), no puede sino ser llamada *"española."* Las otras lenguas que se hablan en la Península, son ciertamente españolas también, pero no son *"el español"* por antonomasia.

Castilla, la Isla de Francia y Toscana son las cunas de los tres idiomas románicos principales. Francia extendió pronto su nombre a toda la Galia, y el *"francés"* fué nombre indiscutido de la lengua nacional, por cima de multitud de dialectos literarios o incultos. Toscana no dió nombre a toda Italia, y por eso la lengua general dejó el nombre de *"toscano"* para tomar el de *"italiano."* Castilla, como tampoco extendió su nombre a toda España, no debe dar nombre a la lengua nacional, máxime cuando las diferencias entre las hablas

catalanas, aragonesas, castellanas, etc., son sin duda menores en número y calidad que las que existen entre las ladinas, lombardas, piemontesas, venetas, toscanas, etc., o entre las variedades picardás, francesas y provenzales.

Por otra parte, el natural de Castilla, claro es que también usa regionalismos y, aunque menos que el de otras comarcas, también al hablar la lengua de la cultura, tiene que evitar el particularismo popular, la peculiaridad familiar, y elevarse al tipo normal literario que es el punto de referencia y lazo de unión de todos los países que se expresan en español. Esto supuesto, cabe preguntar: ¿en qué medida se ha logrado, en el lenguaje culto, la coincidencia entre castellanos y americanos, por ejemplo?

Habremos, ante todo, de buscar la nota característica del habla hispano-americana.

La colonización primera de América se verificó por la Corona de Castilla, con exclusión de la de Aragón. Por su origen, pues, la lengua allí implantada es lengua estrictamente castellana, y reconociendo esta igualdad inicial entre el hispano-americano y el hispano-castellano lo primero que ocurrirá preguntar, al buscar un matiz diferencial, es si las lenguas indígenas americanas influyeron en el desarrollo del español trasatlántico.

Sabido es que el colono español asoció al indio a su vida, y que hoy se conservan en la América española multitud de lenguas indígenas. Pero la influencia de éstas en la fonética del español puede decirse que es despreciable; tan poca es que hasta ahora no es perceptible con claridad. Como un rasgo de los más seguros se ha atribuído al araucano la *r* fricativa chilena, y el grupo *tr* africado, semejante a una *ch;* pero matices de estos mismos sonidos se hallan en toda la América española, muy lejos de la influencia araucana, y hasta en España misma, de modo que está aun por conocer la verdadera procedencia de ellos. La barbarie de las lenguas indígenas y su enorme cantidad y fraccionamiento, no son circunstancias propicias para que cualquier rasgo de sintaxis de esas lenguas suministre un extranjerismo de cierto crédito y extensión dentro del español. El quichúa, la lengua más culta y divulgada de América, explica algunos modismos que se usan en las regiones que todavía son bilingües, como el Ecuador, parte del Perú y las provincias andinas de la Argentina; el guaraní influye algo en el español del Paraguay o de Corrientes; algún araucanismo se halla al sur de

Chile; pero tenidos estos modismos por vulgares, sin duda que no ganarán terreno, y lejos de eso, se desvanecerán con la intensificación de la enseñanza y de la comunicación. En el vocabulario sí, las lenguas indígenas influyeron mucho el habla colonial, apoyadas por la extrañeza de la vegetación, de la fauna y de la geografía del nuevo mundo; pero las meras peculiaridades de vocabulario, y más, si por lo general están destinadas a objetos naturales nuevos, no constituyen en modo alguno una diferencia que por sí sola separe un grupo lingüístico.

En las lenguas indígenas no hallamos, pues, un elemento externo que diferencie claramente el habla americana, y acudiremos a buscarlo con más éxito tanto en los orígenes hispánicos, como en la evolución propia del español colonial. El grueso de las primeras emigraciones salió del Sur del reino de Castilla, es decir de Andalucía, de Extremadura y de Canarias, por lo cual la lengua popular hispano-americana es una prolongación de los dialectos españoles meridionales. España llevó a América sus instituciones religiosas, sus colegios, universidades y academias, su imprenta, su literatura, su civilización entera; pero las dificultades de administrar un territorio inmenso, mucho mayor que el de toda Europa, imponía inevitables deficiencias a la obra gigantesca. En la colonización abundaron las clases bajas; y mientras éstas en España vivían en conveniente contacto con poblaciones de antiquísima cultura, se desarrollaban ahora en las colonias, bien junto a ciudades nuevas cuya vida intelectual era forzosamente más débil que en la Península, bien en completo aislamiento de esos contros urbanos. El habla de estas clases bajas había de producirse con mucha menor presión del elemento culto que en España. Ya en la Península el *popularismo* es uno de los caracteres propios de la literatura y de la lengua, savia que produce florecimientos maravillosos como el romancero, el teatro clásico, la prosa de Santa Teresa o del mismo Cervantes; y ese carácter, en las nuevas condiciones de vida de América, se matiza de *vulgarismo*. La diferencia del matiz es evidente: lo popular supone la compenetración del elemento culto con el pueblo en general; lo vulgar supone la mayor iniciativa del pueblo inculto. Ahora bien, este matiz de vulgarismo no es sólo propio de la lengua, sino de la literatura y de la vida entera; recuérdese como ejemplo, la importancia que en la literatura argentina tiene el *gauchismo* personificado por el Martín Fierro, y la que tiene en la

misma política, personificado por Facundo Quiroga. ¿No vemos hoy a las generaciones nuevas argentinas esforzándose en combatir el *gauchismo* como una rémora de la cultura? Escojo el ejemplo de la Argentina como eminente; positivas atenuaciones habría que hacer respecto a Méjico o el Perú, por haber sido los dos centros principales de civilización colonial.

Fácil es descubrir el resultado de esto que llevamos dicho. La conversación de las personas educadas de la América española es, mirada en sus más salientes rasgos, el habla culta de Andalucía, teñida de algún vulgarismo. Al andaluz corresponden, por ejemplo, la *ll* confundida con la *y*[1], el seseo y el tratamiento de la *s* final, el "ustedes" usurpando su puesto al "vosotros." . . . Al vulgarismo responden casos como el voseo, los progresos de la caducidad de la *d* intervocálica en algunos países, la diptonagción de hiatos como *pión, golpiar, máiz, bául,* la incomprensión del impersonal en *hubieron fiestas,* el uso de algunos vocablos vulgares, notado por Juan de Arona, Cuervo y otros escritores americanos, y en fin, hemos de estimar también como vulgarismo tanto el fácil neologismo americano como el abuso del diminutivo, si recordamos que el "sermo plebejus" tenía de igual modo una mayor libertad que el latín clásico para formar voces nuevas y empleaba también largamente el diminutivo.

Claro es que, ninguno de estos rasgos, fuera de los de vocabulario, aparecerá en la lengua escrita, como no sea por incultura del autor o de la imprenta, o como no sea con el propósito de pintar costumbres populares. Pero al reconocer el vulgarismo como un rasgo del hispano-americano, no podemos menos de insistir en la comparación con el latín vulgar, pensando que si éste, que tampoco fué lengua escrita, produjo varias lenguas diversas del latín, acaso el hispanoamericano esté asimismo llamado a producir nuevos idiomas, por lo cual, aunque ahora como lengua culta no tuviese un valor diverso del español, pudiese tenerlo en siglos venideros. Cuervo, en sus últimos años, preveía, aunque en porvenir muy lejano, una escisión lingüística en el dominio del español, semejante a la ocurrida en el del latín a principios de la Edad Media; pero basta la alusión a los primeros tiempos medievales para comprender la enorme disparidad en la comparación. Si en los países americanos sobreviniese una

[1] También en Castilla se confunden la *ll* y la *y*. (A. M. E.)

época de disgregación, aislamiento y barbarie, semejante a la que pesó sobre los pueblos europeos en los primeros siglos de la Edad Media, evidentemente la escisión se produciría, y cuando esos países, después de varios siglos, rehiciesen su cultura y elevasen de nuevo sus hablas populares a lenguas literarias, éstas no se entenderían la una a la otra. Pero si los viajes sobre las olas y sobre las montañas son cada vez más numerosos y rápidos, la circulación del papel impreso cada vez más invasora, la comunicación eléctrica cada vez más audaz y sin trabas, en suma, si el comercio material e ideal rodea el planeta entero cada vez con más vehemente facilidad ¿vale la pena de ponerse a prever la disgregación que ocurriría cuando las fuerzas de la civilización empiecen a agotarse, cuando las familias humanas empiecen a recaer en la barbarie? La civilización que une a los pueblos y tiende a crear círculos de relaciones mayores cada vez, tiende también a extender la acción del primer instrumento espiritual del comercio humano, que es el lenguaje.

Mas a pesar de esto, es cierto que aunque no exista una escisión especial de hecho entre el español y el hispano-americano, se ha querido por algunos provocar una escisión moral entre ámbos. Sarmiento, hombre representativo de aquellas generaciones que aún miraban con rencor a la antigua metrópoli opresora de las nacientes repúblicas, hombre de exageración polémica, quería que la juventud olvidase los "admirables modelos del idioma" preconizados por Bello, y que se preocupase en luchar por adquirir ideas, no en adquirir formas para expresarlas; por eso predicaba la incorrección gramatical por sistema y por principios. No es que despreciase la pureza del lenguaje, que esto no cabía en una inteligencia elevada como la suya; sino que creía que la perfección formal no podía florecer en países poco cultos; la corrección de los defectos vendría con la intensificación del progreso. Pero otros exageraron las ideas de Sarmiento, y nació de la Argentina un movimiento separatista pronunciado, que perseguía la formación de un "idioma nacional argentino." La tésis lanzada por Juan María Gutiérrez, quiso presentarse bajo una apariencia sistemática y científica en el libro que publicó en 1900 el francés Abeille, elevando a la categoría de "idioma nacional" todos los vulgarismos argentinos. Pero la tésis es en sí tan huera que al intentar hablar claro y alto se desacreditó por completo. Otro francés, a la vez argentino eminente, P. Groussac, calificó el libro de Abeille de "rapsodia en que la ignorancia absoluta del asunto

(comenzando por el castellano) toma la forma de una baja adulación al criollismo argentino." Y la adulación, arma terriblemente eficaz contra el corazón humano, pero no tanto contra las ideas, alarmó ahora a los mismos defensores de la causa, que como Mariano de Vedia, al ver la mala catadura de los argentinismos que patrocinaba Abeille, huyó de ellos horrorizado. Así fracasó la idea del idioma nacional argentino. Como idea antipatriótica la arrincona E. Quesada, resumiendo la opinión general con estas palabras: "Conceptúo un error gravísimo propender a que se corrompa la lengua castellana que nos legaron nuestros padres, y que no sólo por razón de atavismo, sino de orgullo nacional, debemos tratar de conservar limpia para entregarla a nuestros hijos ampliada, si se quiere, pero pura de toda escoria." A lo que yo he podido averiguar entre los escritores de toda clase de las generaciones jóvenes argentinas, la idea del idioma nacional está muerta y enterrada siete estados bajo tierra. Y téngase entendido que en ninguna otra república americana ha habido un movimiento semejante al de la Argentina.

De modo que el acrecimiento de las comunicaciones y las tendencias ideológicas se aunan para contribuir a que las diferencias regionales del idioma disminuyan en vez de ahondarse. A ojos vistas observamos como esas diferencias van desapareciendo del suelo de España, donde los dialectos más pronunciados retroceden, abandonando cada vez nuevo territorio a la lengua oficial. Y a su vez en América triunfa también manifiestamente la lengua culta sobre las variedades regionales. Se ha notado que desde hace medio siglo se acentúa la costumbre entre los literatos americanos de consultar, si ocurre duda, la gramática o el diccionario; y una muestra más popular de los resultados de esta misma tendencia la tenemos en el hecho de que las incorrecciones de lenguaje, que Bello censuraba a los chilenos en 1834, se hallen hoy desterradas por la mayor parte, gracias a la enseñanza gramatical; siendo notable que entre las expresiones eliminadas hay alguna como el voseo que parecía extremadamente difícil de desarraigar, por pertenecer a la lengua de la mayor intimidad, donde toda coacción a la espontaneidad parece profanadora; pues lo cierto es que el tratamiento de *vos,* en vez de *tú,* hoy se ha perdido entre la gente educada de Chile, y quiere desaparecer aún entre las clases obreras. Cada día es más eficaz la voluntad americana de mantener el arquetipo culto del idioma. No en vano publicó Cuervo su obra maestra, las *Apuntaciones críticas*

sobre el lenguaje bogotano, bajo el lema de Puiblanch: "Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe a la uniformidad de nuestro lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como a centro de unidad, al de Castilla que le dió el ser y el nombre." Y el mismo Cuervo, aún en el momento de gran pesimismo a que arriba aludí, asentaba la ninguna eficacia real de sus vaticinios, diciendo: "yo por mi parte declaro que aunque juzgo inevitable la disgregación del castellano en época todavía distante, procuraré siempre escribir conforme al tipo existente aun de la lengua literaria, aunque de él ocasionalmente se aparten los españoles o los americanos."

Esta norma de fijeza relativa del idioma domina en los espíritus y dominará cada vez más a pesar de muchas e inevitables disidencias, alimentadas por la incultura, por el descuido, o por conscientes rebeldías. Dominará cada vez más, porque la mayor cultura lo exigirá cada vez con mayor fuerza, aunque la vida de España y la de América tomase los más apartados rumbos.

Pero es que, sean estos rumbos los que quieran, siempre la onda vital de España y de Hispano-América vibrará con misteriosos unísonos, y responderá al común atavismo. Toda la civilización hispano-americana descansa principalmente en su base española, a veces con sorprendentes arcaísmos, como esas tapadas, que España relegó al olvido hace mucho, pero que todavía en las playas del Pacífico disfrutan del famoso "socorro de los mantos," ni más ni menos que las españolas del siglo XVII.

Aún en la época de mayor divorcio moral entre América y España, la influencia de ésta era más de una mitad de la influencia extranjera que explica el desarrollo literario hispano-americano. Entonces escribía Sarmiento, con su acostumbrada violencia que gustaba más de contemplar los defectos que las cualidades: "Nosotros somos una segunda, tercera o cuarta edición de la España; no a la manera de los libros que corrigen y aumentan en las reimpresiones, sino como los malos grabados, cuyas últimas estampas salen cargadas de tinta y apenas inteligibles. Sus vicios son los mismos de que adolecemos nostros, hijos de tal madre, y nuestras costumbres no le van en zaga; así todo lo que allá se ha escrito nos vendrá siempre de perlas." Y cuando esto decía Sarmiento, se olvidaba de sus radicalismos, en materias de idioma, y proponía la pureza y armonía del estilo de Larra cual "modelo digno de imitación en países como

los nuestros en que la lengua necesita purificarse de los vicios que a cada paso encontramos en las asalariadas traducciones francesas."

Partiendo también de un presente informe, nuevas generaciones americanas esperan con optimismo el porvenir, ese porvenir hermanado de España y América. Así el novelista venezolano Díaz Rodríguez, al descubrir en el hombre del pueblo español una intacta reserva de fuerzas que duermen esperando magníficos renacimientos futuros, comunica al insigne Rodó la fe anhelosa en los comunes destinos: "Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio que es su idioma, tiene puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos. . . . Pero yo no he llegado a conformarme jamás que éste sea el único género de inmortalidad, o si se prefiere, de porvenir a que pueda aspirar España. Yo la quiero embebida o transfigurada en América, sí; pero la quiero también aparte, y en su propio solar y en su personalidad propia y continua, muy firme, muy pulcra y muy reverenciada."

Y si entre los intelectuales de España había a su vez una glacial indiferencia para todo lo trasatlántico, más helada cuanto más soplaba el viento de los discursos propios de Unión Ibero-Americana, no se puede decir que ese despego exista después de Rubén Darío. América con menos agobio de tradicional personalidad, más francamente abierta a las influencias extranjeras, era el país donde mejor podía consumarse la transformación de la poesía moderna española, y España admiró a Darío, y cada vez reconoce más ampliamente que cada país americano es un valor que debe contar en la historia literaria y lingüística española. Pero al mismo tiempo que afirmamos estas personalidades, creemos que ellas consisten en variaciones de la cultura hispánica aunque algunos renieguen de ella, víctimas de prejuicios arcaicos; cultura hispánica, matizada de diversos modos en esas Nuevas Españas, donde una común tradición se descompone, como la luz, en mil irisaciones.

No se observa señal alguna de que la España europea quiera relajar sus ataduras seculares con la España americana. Continúa trasfundiéndole su sangre con la irrestañable emigración de trabajadores y negociantes, y al mismo tiempo, ensancha las más frecuentes vías de comunicación cultural. Recuérdense la difusión por América del teatro y los actores peninsulares, la presencia de redactores españoles en los grandes diarios hispano-americanos, la

colaboración que en esos diarios mantienen los más distinguidos escritores españoles, el comercio de libros cada vez más floreciente, y, de algunos años a esta parte, la frecuente misión de intelectuales españoles a América y la fundación de la cátedra española en Buenos Aires.

Estas reflexiones sobre las analogías y las diferencias que hay entre lo español y lo hispano-americano nos afirman en la convicción de que no puede conocerse bien lo uno sin lo otro. Por lo tanto, la enseñanza de la lengua debe tender a dar amplio conocimiento del español literario, considerado como un elevado conjunto; y de un modo accesorio debe explicar las ligeras variantes que se ofrecen en el habla culta española en España y en Hispano-América, haciendo ver la unidad esencial de todas dentro del patrón literario. Si la enseñanza se limita a la forma literaria del idioma, será evidentemente buena para una iniciación general. Tanto mejor si añade los matices principales de la conversación familiar. Pero si toma lo familiar lo regional, lo restringido por base, por ejemplo si se fija exclusiva o principalmente en lo especial de un país americano, será una enseñanza parcial y trunca, pues ni científica ni prácticamente pueden separarse la lengua hablada familiar y la lengua culta y escrita. Tal enseñanza se rebajaría a servir tan sólo como guía de conversación para los habitantes de la región escogida, que no necesitan de semejante aprendizaje, o para el viajero en ese país, que se hallaría después en muy malas condiciones para viajar por otros países de lengua española.

Pensando en el caso concreto de la enseñanza del español a extranjeros, no creo cabe vacilar en imponer la pronunciación de las regiones castellanas, pues es la que responde más exactamente que ninguna otra a la ortografía secular de la literatura. Debe añadirse, con el objeto práctico de evitar influencias por inconsciencia, una indicación a las principales variedades, y una exacta apreciación de las mismas. Por ejemplo del *seseo,* explicando en qué difiere la *s* andaluza y americana de la castellana y advirtiendo que tal fenómeno es mirado como pronunciación anormal pero admisible, a diferencia del *ceceo* excluído del habla culta; la *d* intervocálica caduca en la terminación *-ado,* admisible, mientras en otros casos es rasgo francamente inculto; la *r* fricativa usada con preferencia o exclusión de la vibrante, etc., etc.

La aceptación de divergencias apenas ocurre en materias morfológicas. Si se consignan formas como *antier* o *endenantes,* debe hacerse notar que son de la lengua hablada en algunas regiones, pero que no deben propagarse en la lengua culta.

Respecto a la sintaxis y el vocabulario, la cuestión se plantea en modo diverso de como en la fonética. Podemos suponer que, por lo común, los castellanos están más cerca del prototipo sintáctico y léxico tradicional, cuya continuidad conviene mantener dentro de la evolución; no en vano viven sobre el suelo donde nació y más se cultivó la lengua literaria. Pero guardémonos de ser aquí tan confiados como respecto a la pronunciación; la sintaxis y el léxico están mucho más abiertos que la fonética y la morfología a innovaciones y a influencias externas de toda clase, y la región castellana no puede siempre pasar por guía segura. Demasiado salta a la vista cómo el individuo castellano que descuida su cultura, con la mayor facilidad adopta giros y vocablos innovados, arcaicos o extranjeros, tan bárbaros como inexpresivos; esto lo hacen con frecuencia los escritores jóvenes, creyendo de muy buena fe que la lengua es escasa para sus concepciones, sin darse cuenta de que es su cultura lingüística la que realmente es escasa. La lengua literaria común es el tipo único de referencia, y a su lado creo de la mayor importancia dar noticia al extranjero de aquellas construcciones defectuosas más extendidas de cuya influencia debe sustraerse.

En el vocabulario es donde más cabida tiene el particularismo regional y es de desear que la geografía léxica no tarde en hallar un puesto en las gramáticas prácticas. Por lo que hace a América, es preciso dar a conocer los vocablos que, siendo desconocidos en España, se hallan más difundidos en América, e indicar con la mayor precisión posible el área a que se extienden, así como los otros vocablos con que luchan.

Claro es que la literatura también debe abarcar el conjunto español e hispano-americano. Cada profesor sentirá de modo diverso la importancia relativa que ha de conceder a cada una de estas partes; pero debe huirse de los extremos: tratar sólo la literatura peninsular, como si Sarmiento, Bello y Montalvo no hubiesen existido, o bien hablar de la literatura de cada república americana como un todo aparte, como algo sustantivo; lo cual obliga a incluir en cada una de esas secciones geográficas nombres de una evidente insignificancia. La mejor norma estará en considerar siempre la

literatura española del viejo y del nuevo contiente como un conjunto, al que sirve de base la tradición medieval y clásica, y esta vista del conjunto es la que mejor puede dar la medida de la importancia que debe reunir en sí lo que en cada caso ha de darse a conocer o lo que ha de relegarse.

En fin, es preciso hacer comprender la vida española en lo que tiene de más general, y a la vez, en lo que tiene de específico en los principales pueblos de la gran familia, considerados dentro de una superior síntesis hispánica. Pero lo específico no debe llegar sino en escasa medida a la exposición de las modalidades más populares. Y volviendo al lenguaje, por ejemplo, creo que *lo charro, lo chulo, lo gaucho, lo huaso* o *lo jarocho,* servirán a lo más en una iniciación general, únicamente como notas de color que acaso no pueden ser elevadas a conceptos aprovechables. Materia de difícil penetración, sin duda vale más abandonarla, para que su vista no perturbe la del conjunto; el habla común culta, que cada vez se unifica más a uno y otro lado del Atlántico.

Muchas de estas normas eran realidades o aspiraciones que se tenían presentes en varias universidades norteamericanas y en excelentes libros destinados a la enseñanza en ellas, cuando hace ya bastantes años tuve afortunada ocasión de visitarlas. Desde entonces, muy apartado de esa vida, no conozco bien los progresos y rumbos últimos de la enseñanza del español en los Estados Unidos. Por eso empecé estas líneas deseando comunicar con ustedes, y las alargué desmesuradamente, sin advertir que no hacía sino *soliloquiarme,* como decía Lope de Vega. Debí haber sido más breve, pues mi único objeto era enviarles el testimonio del cariñoso interés con que los trabajos que ahí llevan ustedes a cabo son seguidos por cuantos queremos colaborar algo en el cultivo y estudio del hispanismo.

La Asociación que ustedes han formado tiene sobre sí la parte principal en la propagación del español entre las poblaciones de habla inglesa. Y si Reclus decía que de todas las naciones europeas los españoles, por haberse dilatado en territorios que llegarán un día a nutrir habitantes por centenares de millones, son los únicos que podrán tener la ambición de disputar a los ingleses y a los rusos la preponderancia futura en los movimientos étnicos de la humanidad, debemos entrever más bien, que en las venideras sociedades de pueblos, la convivencia del hispano y el sajón que se reparten, con

América, uno de los hemisferios del planeta, traerá la asociación fraternal de sus dos idiomas, para mayor difusión de ambos por el resto del mundo. ¿Cómo, pues, no han de inspirar la más anhelosa atención los planes que ustedes traen entre manos, ahora que los Estados Unidos, donde todos los movimientos revisten proporciones grandiosas, parece que se inclinan a echar el peso de su grandeza en favor de la difusión del español como una de las principales lenguas adoptivas?

Reciban ustedes, con los votos por el mejor éxito, la más ferviente simpatía de su amigo.

R. MENÉNDEZ PIDAL

MADRID, Diciembre, 1917